

—¿Conque Poyanne viene mañana?

—Sí—contesta la señora de Tillières, con voz apagada.

—Pero—dijo la señora de Candale, acercándose más á Julieta;—¿no va á estar algo celoso de nuestro amigo?

—¡Ah, cállate!—respondió la señora de Tillières, estrechando fuertemente la mano que oprimía á las suyas.—¡Cállate, no me hagas pensar en eso!

—Pues eso, como tú dices, sólo es incomodarte por escrúpulos de niña. Me parece que eres libre de recibir á quien te agrade... ¿Y quieres que te hable como á una hermana? Pues te agrada más Raimundo. ¿Y quieres que te diga otra cosa que tú sabes ya, y muy bien?

—¡No, cállate!—repitió la señora de Tillières.—¡No quiero escucharte!

—Pero—prosiguió Gabriela, queriendo dar un gran golpe de efecto ante la turbación de Julieta;—¿por qué no te casas con él?

—¿Casarme?—exclamó Julieta con desgarrador acento.—¿Casarme... con él? ¡Es imposible! ¿Entiendes? ¡Imposible!

—¿Por qué?

—¡Porque no soy libre!

Y la desgraciada Julieta, recostándose en las almohadas y á través de sollozos, confió todo su secreto á la señora de Candale, que la escuchó también llorando.

La fiel *Santa* no se dijo que noventa y nueve mujeres entre ciento se dirían en su caso, al saber que su mejor amiga tenía un amante, y que lo había ocultado perfectamente: «¡He sido una estúpida dejándome engañar!»

¡La condesa poseía una manera noble de sentir para descender á estas mezquindades!

Sólo que comprendió con espanto el juego terrible que ella misma había jugado, lanzando á Casal en la vida y en el camino de la señora de Tillières.

Quedó como aterrada de la obra: vió distintamente lo que Julieta no osaba leer en su propio corazón, un principio de amor apasionado á Raimundo Casal, y esto lo vió en la misma revelación que acababa de hacerla su amiga acerca de los vínculos que la unían á Enrique Poyanne.

—¡Ah, pobre, pobre amiga!—decía con angustia, cubriendo de besos á Julieta.

Y después de un momento añadió:

—Pero ¿qué vas á hacer?

—¡Oh!—exclamó con desesperación la señora de Tillières.—¿Lo sé, por desgracia?

VII

Restos vivos de un amor muerto.

Tan profundamente especiales son ciertas partes de nuestro carácter, y tan íntima y naturalmen-

te nuestras, que la pasión, esta mágica que transforma tantas cosas en el sér humano, deja esas partes perfectamente intactas.

La señora de Tillières, impulsada, arrebatada mal de su grado por el peligroso camino de su nuevo amor, durante algunas semanas de intimidad creciente con Raimundo Casal, no había dejado de ser la mujer prudente y discreta de siempre, la misma acusada por los maliciosos de estar algo abajo de su esfera, y cuyos admiradores la admiraban por su delicada reserva.

Había encontrado el medio de que ni su madre ni sus visitas familiares vieran con frecuencia á Casal.

Mas uno de aquellos amigos era menos fácil de engañar que los demás: d'Avançon, que desde la primera visita del joven había experimentado, en presencia de aquel huésped no esperado, un movimiento súbito de desconfianza.

Bastóle ir de improviso á la calle Matignón y encontrar allí á Raimundo, ir á la Opera ó al Teatro Francés y ver también allí á Raimundo hablando con Julieta, para que su primera desconfianza se elevase hasta unos celos tan apasionados como, en estricto derecho, injustos.

Y la joven multiplicó estos celos mostrándose enojada, y cierto día le dijo que no continuase sus diatribas contra la juventud moderna, y se lo dijo de tal modo que el viejo verde no volvió á tener deseos de sacar á discusión tal asunto.

Y era que d'Avançon poseía por Julieta un verdadero afecto, y estaba orgulloso de representar cerca de aquella delicada criatura la vida elegante, con el mismo derecho que Poyanne representaba la política, Miraut las artes, Accragne las obras benéficas...

Frunció las cejas ante la intrusión del advenedizo Casal en el santuario del saloncito Luis XVI, porque nada podía ser más desagradable para él como ver allí, precisamente, á uno de los héroes de la vida elegante; sin contar con que sentía hacia Casal, desde años antes, la antipatía instintiva que profesan los jefes de fila de una generación á los jefes de fila de la generación siguiente.

A la primera visita de Casal, el exdiplomático adoptó actitud de maestro y señor del paraíso de la calle Matignón; y como resultado de todos estos antecedentes, en la víspera del fracaso de Poyanne había librado ya tres batallas contra Raimundo, si no precisamente delante de la señora de Tillières, muy cerca, puesto que fué delante de la madre, á quien bosquejó un retrato bastante negro del antiguo amante de la señora de Corcieux, olvidando él mismo, por cierto, el gran principio de Tayllerand, su ídolo: «Todo lo que es exagerado es insignificante.»

—Estad tranquilo—habiale respondido la señora de Nançay—porque si ese hombre es tal como decís, no vendrá muchas veces á casa de Julieta.

Ella habló á su hija, con indulgente ironía, de las inquietudes que la ocasionaba su nuevo amigo, y la señora de Tillières, que se echó á reír, sin duda para acallar algún remordimiento, díjola, hablando de Raimundo:

—¡Es uno de los íntimos de la señora de Candale!

D'Avançon, batido allí, como en todas partes, después de directas gestiones cerca de Miraut y Accragne, se dijo al salir de casa de este último:

—¡Paciencia! Pronto regresará Poyanne, y si yo no profeso sus ideas es, por lo menos, hombre de buen sentido práctico...

* * *

Así se preparaba, desde hacía algunas semanas, el desenlace de este drama de corazón, por el silencio de la señora de Tillières y por la imperdonable malevolencia de un amigo que se creía que era, en efecto, de los más íntimos y de mayor adhesión.

Porque ¿cómo había de sospechar d'Avançon que el paso que intentaba dar cerca de Poyanne constituía para Julieta el mayor peligro, y sería para el mismo Poyanne origen de crueles dolores?

Hay, en lo que se llama generalmente «juego natural de los acontecimientos,» como un fondo de justicia que nos permite llevar nuestra vida al com-

pás de nuestros malos deseos; y luego, la sencilla lógica de estos deseos realizados nos castiga.

Julieta de Tillières y Enrique de Poyanne se habían esmerado, por espacio de largos años, en engañar á todos sus amigos acerca de los vínculos que les unían, y lo habían conseguido.

¿Qué extraño era, por lo tanto, que uno de esos amigos, engañado como los otros, se determinase á penetrar en el sentido de sus convicciones y á hacer á los dos amantes, ignorando que lo eran, un daño irreparable?

Lo peor era que el terrible d'Avançon, contando por cuarta vez sus cuitas acerca de la intrusión de Casal, debía de aumentar la expresión de su pensamiento; porque si á la señora de Nançay la dijo: «¡Guardaos, porque podrían dar que hablar las visitas de ese hombre!,» después del fracaso que le ocurrió con Miraut y Accragne, diría á Enrique de Poyanne: «¡Yo sé que se habla de esas visitas... y... se murmura... y...»

Por supuesto que ni siquiera dió á la señora de Tillières el tiempo de prevenirla, porque ¡tanto el odio á Raimundo Casal se había exaltado en el corazón de aquel hombre de cincuenta años, desocupado y celoso!

Poyanne llegó en el tren de las cinco de la mañana, y á las once, d'Avançon, informado ya de su llegada, comenzaba su filípica, concluyéndola de este modo:

—Sólo vos, amigo mío, podéis prevenir á esa pobre criatura del mal que causa á su propia reputación. Yo hubiera querido hablarla, pero ya recordaréis que ella se burla de mi antipatía á los jóvenes, como si tuviera antipatía á hombres como vos, mi querido Enrique... En revancha, ¡los vividores de hoy me causan horror!... Y no es que yo me lamente de la alegría de la juventud, no; porque mis amigos y yo también nos hemos divertido siendo jóvenes... ¡pero sabíamos divertirnos!... ¡Jamás habríamos imaginado, como esos vividores de hoy, reunirnos á una mesa, pero sin mujeres, ¿entendéis?, sin mujeres, y atracarnos de manjares y de vino hasta caer inertes bajo la misma mesa! Esas costumbres son buenas para ingleses... pero todo nos viene de Londres hoy, los vicios y los hábitos... ¿Creeréis que tales vividores pretenden que no puede calzárles sino cierto Domas ó Somas, Tamas... ¿qué sé yo?... el cual envía todas las primaveras un embajador, como si fuera un rey, á visitar el calzado de esos jóvenes *snobs*?

Y así habría continuado largo tiempo fustigando la anglomanía de la juventud moderna si el conde de Poyanne le hubiese escuchado; mas cuando d'Avançon preguntóle:

—¿Hablaréis á la señora de Tillières?

Poyanne le respondió:

—Procuraré encontrar una coyuntura favorable...

Acababa de recibir el infeliz Poyanne en medio del corazón una de esas estocadas que suelen dar tantas manos imprudentes, que no saben dónde hieren; y cuando esto nos ocurre, ni siquiera podemos verter sangre, sino ahogarnos en ella por dentro, y solos.

Cuando d'Avançon marchó, más orgulloso de su diplomacia que un Congreso, ignoraba seguramente que dejaba allí un hombre en plena desesperación.

El culpable denunciador habría tenido menos alegría en atravesar el Sena, y después los Campos Eliseos, para volver á su casa, y encontrar, hacia el *rond-point* de la plaza de la Concordia á Raimundo Casal, quien volvía del *Bois* montado en su pacífico *Boscard*.

El joven hablaba, riéndose, con su compañero, que no era otro sino lord Herbert.

—¡Diviértete, amigo, diviértete!—murmuró de Avançon, después de seguirle algún tiempo con la mirada, no sin marcada envidia al examinar la gentileza del joven.

—¡Diviértete!—prosiguió.—¡Ah! ¡Vamos á tallarte como los *croupiers* de una casa de juego! Poyanne romperá el fuego, Julieta no podrá adivinar que le he visto esta mañana... ¡La conozco! ¡Es tan prudente! Había nacido para ser mujer de un diplomático... Su primera idea, cuando sepa que se habla de ella, será arreglarse para que Ca-

sal vaya menos á su casa; y como el animal se incomodará, insistirá, cometerá alguna enorme grosería, henos aquí libres de él... Y si tal momentáneo plan fracasa, prepararemos otro. Lo que me causa mucho placer es no haberme equivocado acerca de Poyanne. ¡Ya sabía yo que él vería las cosas como son!

*
* *

Mientras este verdugo inconsciente se decía ese monólogo de fatuidad profesional y creía hacer honor á Tayllerand por su destreza, Poyanne, la desgraciada víctima, iba y venía por la sala, entregado á violento acceso de dolor.

La vasta pieza donde el conde paseaba, para engañar por el movimiento el exceso de su agitación exterior, era un gabinete de trabajo, guarnecido de libros en las cuatro paredes.

Las altas ventanas se abrían sobre el jardín del *Square* y sobre la fábrica gris de la iglesia de Santa Clotilde.

¡Cuántas veces, desde hacía dos años, el gran orador había paseado también por aquella misma sala con el corazón atravesado por la cruel idea de no ser amado!

Y, sin embargo, nunca sintió dolor comparable con el de la mañana del día de su regreso á París.

Pero aquella revelación, llevada por el diplomá-

tico, valía poca cosa. La señora de Tillières sabía recibir á su nuevo amigo, del cual no le hablaba en sus cartas, y nada más.

Pero si los hechos son nada para el que ama, su significación sentimental es todo; y para comprender el terrible golpe que debía resonar en el corazón del conde, es necesario explicar en qué situación moral se encontraba al día siguiente de la campaña en el colegio electoral.

Desde hacía algunos meses, aquel hombre tan sereno, que atravesó sin vacilar tan recias tempestades, experimentaba una impresión de laxitud que él explicaba por una serie de contrariedades casi simultáneas, no queriendo admitir la palabra supersticiosa de presentimiento.

En realidad, se encontraba en uno de esos períodos de la vida en que todo nos falta á la vez, como á otros les favorece el éxito sin que haya necesidad de invocar la gran palabra de *casualidad*.

Para tomar ejemplo muy significativo de una historia gloriosa, las cualidades de Bonaparte correspondían con tanta precisión al *medio* creado por la tempestad revolucionaria, que en aquel período todas sus empresas debían tener éxito y le tuvieron.

Desde Eylau, y á pesar del triunfo, es visible que no existe armonía completa entre aquel genio y las nuevas condiciones de Europa.

Cada hombre cruza así una época en que está,

en su vida pública y privada, lo que los ingleses llaman enérgicamente *the man right in the right place* (el hombre que conviene en el puesto que le conviene).

Aun sus defectos se adaptan entonces á las necesidades de posición, como el sistema restrictivo del emperador á la Francia de 1800, que debía reconstruir toda entera; y más tarde, en el periodo de la desgracia, aun las privilegiadas cualidades de aquel hombre se conciertan para su ruina.

Así se explica la excesiva energía de Napoleón en una Europa hambrienta de reposo y entre soldados extenuados por las fatigas de la guerra.

En la medida en que los hombres modestos pueden ser comparados con una fortuna grandiosa, tal había sido la historia política y sentimental de Enrique de Poyanne.

Cuando los electores del Doubs le enviaron al Parlamento, concluida la guerra, y encontró en seguida á la señora de Tillières, se propuso triunfar en la Cámara y agrandar á la joven por todas las razones que le habían hecho obscuro y desgraciado hasta entonces.

Recuérdese que M. Thiers, á propósito del primer discurso del conde de Poyanne, dijo con su voz flauteada:

—¡Lástima grande que este joven no *debutase* en la Cámara de los Pares de 1821!

El conde, por su desinterés, su generosa elocuen-

cia, la amplitud y la firmeza de sus principios, el palpitante recuerdo de su bravura personal, por todo esto llegó á alcanzar súbitamente extraordinaria autoridad moral.

Y al mismo tiempo su esfuerzo para reconstruirse una existencia útil sobre los restos de su hogar destrozado dábale cierta poesía melancólica de carácter, irresistible para una mujer más romántica que enamorada, más tierna que llena de pasión.

¡Conocíansele tantas heridas ocultas, tantos dolores contenidos!

Pero diez años más tarde, ¿adónde estaba aquel doble triunfo?

En la política, y después de la abortada tentativa del 16 de Mayo, á la cual Poyanne no prestó su concurso por suponerla irrealizable, ¿qué había sido de la popularidad del brillante orador de Burdeos y de Versalles?

En el Parlamento sus doctrinas de socialismo cristiano, cada vez más firmes, le aislaban en su propio partido, y los electores de su departamento comenzaban á cansarse de un diputado cuyos éxitos oratorios no les proporcionaban un camino de hierro local, ni siquiera un estanco.

Todo pueblo que reniega de sus jefes naturales, con los que ha crecido, sufrido y triunfado á través de los siglos, se entrega á la tiranía de los charlatanes, por extraño que esto parezca á los más avisados politicastros del día.

El conde no había dejado de creer en la generosidad del instinto popular, y el envilecimiento moral de su colegio le hirió en lo más vivo de su ser íntimo como la noticia súbita de una traición de su querida Julieta.

Quizá bajo la influencia de esta cruel desilusión había leído las cartas de su amada durante su triste viaje, terminado por un doble fracaso.

Había sentido, en leyéndolas, que también allí se verificaba un cambio, que el alma de la mujer que apoyaba toda la dicha de su porvenir podía faltarle de repente.

¿Qué faltaba en ellas? ¿Por qué, en vez de encontrar allí el sentimiento de otras veces, reconocía en cada línea ciertos rasgos violentos como penosos?

No osaba quejarse en sus respuestas, y, como ya hemos visto, la escribía cartas de buen humor, billetes de un hombre de acción que procura alegrarse á través de su trabajo, y que, cerrado el sobre, apoya los codos en la mesa y la cabeza en las manos, y se mira al corazón, y ve allí la misma inexplicable contracción de timidez que le impidió, la víspera de su marcha, pedir á su querida un verdadero adiós.

Como en aquel momento de separación, ahogábase en palabras que no podía decir, en sollozos mudos que le caían sobre el alma con peso de profunda melancolía.

Y como entonces también, aquel hombre tan no-

ble, tan extraño á las bajezas de egoísmo que se disimulan con frecuencia en los rencores de amor, buscaba en él la causa que explicase el cambio en sus relaciones con la señora de Tillières.

Acusábase de no amarla por ella, de ser despótico y desagradable, y se formulaba proyectos de una conducta, con relación á Julieta, dulcemente cariñosa, para que su amiga volviese á ser para él lo que antes era.

Y justamente esto acontecía en el minuto en que aquella mujer idolatrada, recibiendo su carta del día anterior, decía:

—¡Cómo ha cambiado este hombre!

*
*
*

Nuevas combinaciones se presentaban tan rápidamente, que parecían maravillosas.

Poyanne, antes de su conversación con d'Avançon, mientras el tren llegaba á la gran ciudad en que habría de volver á encontrar á la señora de Tillières, sentíase incapaz de emprender con ella una conferencia íntima para contarla las agonías de su corazón; mas cuando el cruel diplomático salió de su casa, no solamente esa explicación con Julieta le parecía posible al conde sino inevitable.

Tenia el infeliz tanta necesidad de ella como de reposar, de moverse, de andar, de comer... ¡Aquella revelación que acaba de oír daba forma tan precisa

é insoportable á sus dudas de los sentimientos actuales de su querida!

Una evocación, exacta como una fotografía, le mostró de repente el interior de la casa de Julieta, asociada al recuerdo de sus ternuras más dulces; el saloncito azul y blanco y en él aquella mujer adorada, la mesita cerca de la ventana, los árboles del jardín sombreando los cristales, todas esas cosas de especial intimidad.

Y luego, en aquel cuadro de delicadeza amada, veía á Casal, el hombre detestable á quien tan mal juzgaba desde que le conoció en casa de la pobre Paulina de Corcieux.

La escena que precedió á su marcha para Besançon se le representó después súbitamente; oíase pronunciar sus palabras de aquella tarde, y reapareció en su memoria la mirada de Julieta.

—¡Dios justo!—pensó.—¿Era posible que aquella mirada encubriese una mentira?

Y en el torbellino de estas visiones de sufrimiento, el conde se juzgó tan desventurado, que las lágrimas le subían á los ojos y los sollozos á la garganta; y aquel soldado tan valeroso, aquel orador tan enérgico, aquel creyente tan sincero, arrojóse en el diván de su gabinete de estudio y empezó á llorar como un niño.

—¡Ah!—decía á través de su llanto.—¿Cómo ha podido hacer eso?

Y de repente, al pronunciar en alta voz esas

palabras, un recuerdo angustioso le heló el corazón; acordóse de haber pronunciado las mismas palabras que dijo trece años antes, cuando supo la traición de su mujer; sí, eran las mismas palabras... y la analogía de las dos crisis se impuso en el acto con tal fuerza, que el exceso de sufrimiento agudísimo provocó en seguida una reacción.

Porque hay, en el orden moral, impulsos repentinos de energía que son una forma del instinto de conservación, tan espontáneos como ciertos movimientos físicos en el momento de extremo peligro, como el esfuerzo del hombre que se ahoga para agarrarse á una tabla de salvación.

El amor apasionado á Julieta arraigábase en lo más hondo del corazón del conde, y tenía que luchar en su agonía; ese amor se rebelaba contra el juicio que establecía comparación odiosa entre la esposa infame y la querida, esta querida, objeto de ferviente cariño por espacio de tantos años.

Y Poyanne se levantó del diván, se pasó una mano por el rostro y dijo también en voz alta y con fiero acento:

—¡No, no! ¡Eso no es verdad!

La idea que él arrojaba entonces de su pensamiento era la hipótesis, repentinamente entrevista en un estremecimiento de horror, de que Julieta fuese ya la querida de Casal.

Bastóle evocar, en momentáneo relámpago de su pensamiento, aquella visión de infamia, para

que su alma la rechazase al punto, negándola enérgicamente.

La fe del conde en el honor de la señora de Tilières era absoluta, porque su conducta con Julieta había sido irreprochable, y juzgaba á ésta por él mismo; y aquella fe profunda la encontraba intacta, á pesar de su dolor.

—¡Vamos!—se dijo.—Es preciso razonar...

Y empezó á pasear por el salón, reconcentrando su espíritu en un análisis concienzudo de la cuestión, como si se tratase de una de esas discusiones parlamentarias en que tanto brillaba.

—¡Sí, razonemos!—prosiguió.—Y en primer lugar, circunscribamos la cuestión... Ella ha visto con frecuencia, con mucha frecuencia, á Casal, y d'Avançon me ha dejado entender que... diariamente. ¿No exagera? ¿Vale algo su testimonio?... Es hombre juicioso, pero apasionado... Sea así: esto mismo es un argumento en favor de su tesis, y si ha venido á decírmelo esta mañana, sin duda ha estado acechando mi llegada; luego le atormentaba mucho aquel suceso... Pues bien, admitámosle y profundicemos el asunto: Julieta ha visto á Casal con frecuencia después de mi marcha; ella, que no le conocía; ella, que abre tan difícilmente las puertas de su casa; ella, que sabía mi opinión acerca de ese hombre... No puede haber para tal conducta sino dos razones: ó que la agrada... ¿Y por qué no? También agradaba á la pobre Paulina... ó

que se fastidiaba sola, y recibe á quien la distrae... Después de él, otro, y luego otro, y otros más... ¡Un comienzo de transformación de su vida!... ¡Sea! Veamos claro en esas dos razones...

Tales eran las frases, seguidas de otras semejantes, en que la inteligencia de aquel hombre, ya dueño de su pensamiento, tenía el valor de redactar, por decirlo así, el proceso de su situación.

¡Su corazón palpitaba con violencia!

Que Julieta se hubiera dejado engañar por una comedia de sentimiento representada por Casal, ó que hubiera recibido con frecuencia á este hombre sólo por distraerse, el asunto era el mismo: una señal, en ambos casos, de cansancio íntimo, profundo, de laxitud indiscutible para todo lo que concernía á sus relaciones con Enrique de Poyanne.

Y ella misma lo había comprendido así, cuando omitía en sus cartas las visitas de aquel hombre.

Esta explicación del silencio de Julieta pareció tan evidente al conde, que exclamó:

—¡Ha tenido piedad de mí!

Y tal idea fué un martirio en su martirio, como es para todos los que, sintiendo en ellos el hervor de la pasión, han encontrado semejante piedad.

Un instinto secreto les advierte de que el rencor, la perfidia, los abandonos crueles, dejan todavía, para una persona que bien ama, cierta misteriosa esperanza; y la piedad, ninguna.

Una mujer que ha querido mataros, caerá tal vez

en vuestros brazos, después de haberos herido con un puñal, y la seducida por un rival insidioso volverá á vosotros loca por los remordimientos; pero la querida que lamenta en su amante un sufrimiento de amor que ella ya no tiene, amiga desencantada que quisiera curaros dulcemente, como ella se ha curado, de la deliciosa fiebre de sentir demasiado, ¡ah! de esa mujer no esperéis que jamás vuelva á amáros como vosotros la amáis.

Enrique Poyanne gustó de repente, en su pensamiento, las profundas amarguras de aquella piedad cruel, y le hicieron tanto daño, que se dijo:

—¡Todo menos eso! ¡Aun el rompimiento!

Y á partir de aquel instante no vaciló.

Dirigióse á la calle Matignón, á las dos, con tanta entereza y serenidad como tuvo al ingresar en el ejército en la época de la guerra.

¿Qué iba á saber? Un estremecimiento de agonía le sacudió el corazón, al pensar en que aquella boca tan amada quizás le diría:

—¡Es verdad! ¡Ya no os amo!

Pero, en una sombra de duda, la certidumbre, por horrible que sea, parece ser preferible á esa noche del corazón en que se ignora todo; y la confianza de d'Avançon acababa de impulsar á Poyanne, ya enfermo, hacia ese grado de amargura.

En las cuatro horas transcurridas desde el discurso del diplomático y la entrada de Enrique en el saloncito Luis XVI, había tenido tiempo de

medir la extensión de la herida abierta en su alma; y ¿por qué dejó, en fuerza de su silencio, que las cosas llegasen al punto en que las explicaciones sólo sirven para mostrar las faltas irreparables del pasado?

En el momento en que la puerta se abrió, la señora de Tillières estaba sentada en una profunda mecedora... ¿quién sabe?... quizás la misma que fué testigo cien años antes de las frases de ruptura cambiadas entre la abuela de Julieta y el cruel Alejandro de Tilly.

No había, ciertamente, punto de comparación entre el noble Poyanne y el cínico seductor de las célebres *Memorias*; pero á buen seguro que, por desesperada que estuviera entonces la miserable amante de aquel émulo de Valmont, no lo estaba tanto como su nieta en 1881.

Aunque el mes de Mayo llenaba de alegre luz la estancia y los altos árboles florecían en el jardín, Julieta había mandado encender la chimenea, y ella, envuelta en larga bata de seda blanca, con su palidez de cansancio, sus ojos pesados por el insomnio, sus labios contraídos, demostraba que tenía en el alma y en el cuerpo el frío glacial que ninguna primavera puede templar.

Un detalle de su fisonomía turbó al conde cuando, tomándola una mano para besársela galantemente, sintió que aquella mano temblaba en la suya: los ojos azules de Julieta irradiaban miradas

casi negras en los momentos en que el iris, agrandado desmesuradamente, invadía hasta el borde de la pupila.

¿Qué motivo secreto de sufrimiento martirizaba en el fondo del alma á aquel sér demasiado sensible?

La señora de Tillières adivinó desde la entrada de Enrique de Poyanne que éste iba dispuesto á pedirla explicaciones; pero ¿de qué?... Porque habiendo llegado por la mañana, imposible que él hubiera oído hablar de las visitas de Casal...

Por lo demás, ella se fijó, por consecuencia de su insomnio de la noche anterior, en esta voluntad definitiva:

—Pues si no sabe nada de esas visitas, se lo diré yo misma en nuestra primera entrevista.

Mas para esto era necesario que él estuviese tranquilo y tan francamente expansivo como otras veces, y llegaba, por el contrario, muy contrariado.

Entretanto, los dos comenzaron la conversación por esas frases de fórmula y de cumplido que se asemejan, en asuntos graves, á los pases de los due-listas que juegan con sus estoques antes de arrojar-se á fondo.

Poyanne se había sentado, y después de varias preguntas afectuosas, los dos se dijeron, entrecortadas por rápidas pausas, frases como estas:

—Me congratulo—decía él—de que la salud de

la señora de Nançay no os haya producido temor alguno...

—Sí—respondía ella—por fortuna, hemos tenido un verdadero mes de Abril.

—¿Y la familia de Candale?

—Muy bien, gracias. ¡Mi amiga Gabriela se ha interesado tanto por vuestra campaña!

—Pues la he perdido por completo.

—¡Ah! Ya compensaréis ese fracaso con un triunfo en la Cámara.

Pero ¡Dios mío! cuán lejos estaban de la imaginación de los dos, mientras eso decían, lo mismo la anciana señora de Nançay que la condesa de Candale, igual el mes de Abril que el Parlamento.

¡Y qué cosa tan amarga es, cuando no es deliciosa, una conversación semejante entre dos seres, después de larga ausencia, que no tienen más remedio que explicarse claramente!

¡Parece como que retroceden hasta el instante mismo en que hunden y reciben en el corazón el puñal agudo de la verdad!

Julieta, después de ese compás de espera, tomó la mano de Poyanne, y sencillamente, pero con sonrisa forzada y mirada casi suplicante, dijo:

—Veo que estáis triste, Enrique... y tal vez querréis saber por qué os he escrito, en los días últimos, con tanto apresuramiento... Pero ya sabéis que he estado muy delicada, y lo estoy todavía... Me perdonaréis, y no aumentaréis mi malestar de-

jando ver el vuestro... ¿Tendré necesidad de repetiros que no puedo sufrir á un descontento?

Y era sincera en el ademán, en la frase, en la mirada que le acompañaba.

Media hora hacía ya que duraba tal conversación sin substancia, y todavía Poyanne no había pronunciado una sola palabra de queja; ella conoció que aquel hombre sufría cruel angustia, y todas las cuerdas de su caridad romántica de otros días, agitadas por las confidencias melancólicas del conde, comenzaron á vibrar en su corazón.

¡Aquello fué un despertar de sus sentimientos inesperado, irreflexivo, irresistible!

Si Enrique se hubiese preparado en la entrevista capital para sus relaciones amorosas con una combinación muy estudiada, no habría empleado mejor sistema que el que usaba: mostrar su dolor.

En Julieta, la pasión estaba muerta y muerto el amor; pero si sus ensueños de ventura la empujaban hacia otro hombre, el magnetismo de piedad que la había encadenado á Poyanne existía.

Y le sufrió, sin intentar defenderse.

Cuanto á él, en sus tristes meditaciones, era precisamente esa piedad la que le causaba más horror.

Rechazó la mano de la señora de Tillières, y respondió:

—¡Ah, Julieta! ¡No me hagáis mal! Nunca he medido vuestras cartas por sus páginas... Las he

amado tanto, que creía que era para vos una necesidad del corazón y no un deber...

—¡Ingrato!—interrumpió la joven, con acento de tierna coquetería.—¿Podéis pensar en que yo pasaría sin escribiros?

—Pues bien, ¡sí!—respondió Poyanne, con visible esfuerzo sobre él mismo.—Quiero hablaros francamente, sí; vuestras cartas me han hecho mucho mal, no porque fueran largas ó cortas, sino por conocer en ellas lo que ahora sé ciertamente, que no me hablábais con la voz del corazón... Me las enviabais como un diario de vuestra vida, y no me decíais en ellas que estabais á punto de poseer una nueva amistad... que yo he sabido pocas horas después de mi llegada á París... Esto me ha herido profundamente. ¿Por qué ocultároslo?

Las miradas de ambos se cruzaron, mientras el conde formulaba así, con firmeza y claridad implacables, su acusación contra la señora de Tillières.

Esta arrugó la frente, y una ola de sangre enrojeció su rostro.

Poyanne acababa de situarse con pocas palabras, no sólo delante de ella y como desgraciado, sino también como juez, y súbitamente el orgullo se mezcló á la simpatía en el corazón de aquella mujer, tierna, pero altiva.

Respondióle con cierta entereza:

—Nunca, Enrique, nunca he querido ocultarme

de vos... Pero hay cosas que conviene más decíros-las de viva voz que por cartas... ¡Demasiado sé lo fácil que es entender mal lo que se escribe! Preguntad y juzgaréis.

—Amiga mía—suspiró de nuevo el conde, con una melancolía por la que no pasaba un soplo de reproche—¡cuán poco me comprendéis! ¡Yo interrogaros! ¡Yo juzgaros! ¡Qué palabras tan extrañas de vos á mí! Os suplico que no veáis en mí á un hombre celoso, porque no lo soy: tengo, sí, derecho á serlo, pero os estimo demasiado para que ni siquiera lo sospechéis. ¿Cuándo me he permitido, desde que os amo, vigilar vuestras acciones? Si vos recibís á tal ó cual persona, yo podría temer que algún día tuvieseis que deplorarlo; pero desconfiar por eso ¡jamás!... Sólo que os sentáis á la mesa para escribirme, y luego pesáis cada una de las frases de vuestra carta en lugar de abandonaros por completo á escribirme... tratándome como alguno á quien es preciso contentar... ¡Ya veis! No sufro por lo que hoy acontece: sufro por lo que puede acontecer... Veo que vuestros sentimientos han cambiado; veo—insistió con energía, en viendo cierto ademán de la señora de Tillières—y hace largo tiempo que esta idea me asedia, veo, sí, que la intimidad entre nosotros ha concluído, esa existencia de corazón á corazón que era para mí una querida costumbre... Veo, en fin, que yo os amo siempre como antes y que vos, vos no me amáis...

El hecho de vuestra nueva amistad y de vuestro silencio es un signo entre veinte, entre treinta... y si yo he buscado ocasión de hablaros como os hablo, comprended que no es porque conceda más importancia á ese signo que á los otros... ¡No hay para mí nada más importante que vuestro corazón, Julieta... y si verdaderamente no soy ya para vos lo que he sido, os lo ruego, tened el valor de decírmelo, como yo le tengo para preguntároslo... ¿Me amáis todavía? En este momento puedo oírlo todo... Decís que no sabéis sufrir que yo sea desgraciado... Pues bien: haced cesar esa duda terrible que me acosa y tanto me hace sufrir... ¡Más cruel que perderos para siempre es el hecho de no saber lo que vos queréis, lo que vos sentís!

Ella le oía hablar en voz cada momento más baja y entrecortada, que revelaba, mejor que las palabras, su pena íntima; ella veía, inclinándose hacia él, su expresión de angustia infinita, su fisonomía trastornada, pobre y raquítica en la vida ordinaria; pena transfigurada en tal momento por el encanto de su gran dolor.

Ella comprendía entonces lo que había dudado muchos meses, complaciéndose tal vez en la duda: que Poyanne decía verdad, que su amor por ella tenía raíces muy profundas, enclavadas en su corazón, y sintió como la impresión física, insostenible, de que respondiéndole la verdad, que ya no le amaba, desgarraría atrocemente aquel corazón apenado.

El movimiento de orgullo que acababa de tener por una pregunta acusadora no podía sostenerle altivo delante de la dulzura de aquella desesperación, que la ponía una daga en la mano, y la decía: «¡Hierel!»

¡No! ¡Ella no podía herir!

No podía articular una frase que la hubiera hecho libre en el acto, acabando por destrozar á aquel hombre que la había amado, que la amaba...

El inconsciente deseo de vida nueva que la impulsó á sus relaciones con Casal, su rebelión secreta contra la cadena de sus relaciones, su voluntad de conservarse independiente en el día de la explicación, su laxitud, su necesidad de libertad... todo, en suma, el trabajo cumplido en las semanas anteriores, ¿qué significaba, qué valía enfrente de la agonía amorosa de aquel hombre, que disipaba súbitamente sus más caros ensueños?

Y he aquí que las lágrimas subieron á sus ojos, y ella se levantó, y cayó de rodillas delante de su amigo, y echóle al cuello los brazos como hubiera hecho á un niño enfermo, sin reflexionar, sin razonar, temblorosa... Y él, subyugado, pasando de repente desde la ansiedad más extrema á una alegría inesperada, sólo pudo balbucear:

—¿Lloras? ¿Me amas todavía?... ¡No, no es posible!... ¿Me amas?, ¿me amas?

—¿No lo conoces? —respondió Julieta á través de sus lágrimas.—¡No quiero no, que pases otro

momento tan cruel como éste! ¡Nunca, ¡nunca!... ¿Por qué no has hablado más pronto? ¿Por qué me escribías, tú también, cartas de hielo?... Pero ya ha concluido todo; ya no estoy triste... Antes de este momento ignoraba yo lo que eras para mí... ¡Ah, soy tuya para siempre! ¡Te juro que no veré jamás á la persona que te ha hecho padecer tanto!... ¡Cállate, no me hables más de eso!... Me creerás si te digo que yo no le veía por mí, sino por causa de una amiga que él estima... pero ni una palabra más; ¿oyes?, ni una palabra más... Quiero que seas dichoso; que no desconfíes de ti, de mí, de nuestro amor; que se reanude desde hoy nuestra vida pasada... ¿Cuándo nos veremos en nuestra casita?... Mañana... ¿quieres?... Sonríeme; mírame con tus ojos dulces que me dan alegría... ¡Tú solo eres mi amado, mi querido amigo!

Julieta pudo ver entonces iluminarse el rostro de Poyanne en un éxtasis de alegría, pero tan dulce para ella, que en tal momento no tenía en el corazón sino aquella ternura.

Y ella, sin embargo, mentía, diciéndole que le amaba, aunque estaba tan temblorosa como si le amase... Sabía perfectamente que cometía una acción indigna haciendo creer á Enrique que Casal no había sido recibido en la casa sino por otra persona.

Sí, lo sabía, y así, ofreciendo, implorando aquella cita en su casa de Passy, faltaba á toda su dignidad de mujer honrada.